



www.loqueleo.com.ec

© 2015, Diana Benítez Paucar

© De esta edición:

2026, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: (+593) 2 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-50-201-8

Impreso en Ecuador por

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2026

Primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2026

Gestión y coordinación creativa: Alejandro Sandoval

Características gráficas de la colección: Álvaro Sánchez

Edición: Julio Calvo Drago, Alejandro Sandoval y Eduardo Villalobos

Corrección de estilo: Julio Santizo Coronado

Corrección de pruebas: Inés Vielman

Diseño de cubierta: Alejandra Guerra

Coordinación de arte: Sonia Pérez Aguirre

Diagramación: César Adolfo Quemé Juárez

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por Eduardo Villalobos en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

¡El bus está lleno!

Diana Benítez Paucar

loqueleq

Esa que está distraída derramando el café sobre la falda de su uniforme es Angélica. Justo hoy se levanta tarde, hoy que tiene examen de Geometría y una nueva aventura que vivir, justo hoy.

Anoche se quedó viendo una de sus series favoritas y, aunque su mamá le sugirió, casi le rogó e incluso la regañó para que se acostara temprano, ella, muy confiada y oronda, decidió terminar de ver la temporada de la serie y, como pueden ver, aún no ha despertado del todo, pues de otra manera no me explico cómo derramó la taza de café.

Angélica vive en las afueras de la ciudad, en un área campestre, pues a sus papás les gusta la tranquilidad del campo y todo lo que contribuya al medio ambiente. Incluso, separan los desechos orgánicos de los inorgánicos para hacer compost y aprovechan la energía solar. Todos los temas de conservación que tienen que ver con la naturaleza son algo que ellos valoran mucho.

Por lo regular, su papá la lleva al colegio. Sin embargo, por cuestiones laborales, hoy tuvo que salir a las cuatro de la mañana a una ciudad cercana. Cuando esto ocurre, su mamá toma un taxi, deja a su hermanita en el jardín infantil, luego a ella en el colegio, y continúa hacia su trabajo.

Pero esta semana es de exámenes. Además, por una nueva disposición del colegio, los alumnos solo llegan a las nueve de la mañana a presentar el examen y se retiran al terminarlo. Esto permite tener más tiempo para estudiar o descansar según

las necesidades o los intereses del alumno, pero en el caso de Angélica y de algunos de sus compañeros estropea la rutina familiar, puesto que un cambio de horario implica buscar alternativas de transporte.

Sus papás se lamentaron de no haber contratado el servicio de transporte del colegio desde principio de año y pensaron en dos opciones: solicitar un taxi o hablar con la mamá de una de las compañeras de Angélica para que le dieran el aventón. No obstante, Angélica les pidió a sus papás que la dejaran tomar el bus extraurbano. Uno de sus argumentos es que necesita ser más independiente ahora que tiene quince años y quiere romper con esa burbuja en la cual ha crecido, para conocer mejor la ciudad.

También mencionó que otros compañeros toman el bus todos los días, pero lo que convenció a sus papás —y que Angélica ya había considerado de antemano como un as bajo la manga— fue que

el transporte público es la garantía de una sociedad ecológica y que ella quería contribuir.

10 Después de una larga discusión entre sus papás, entre ella y sus papás, entre sus papás y algunos parientes que casualmente llamaron en ese instante, por fin accedieron a su petición: tomaría el bus solo por esa vez. Angélica quedó complacida con la decisión, pues sintió que había un voto de confianza para ella y que empezaban a verla como una joven, más que como una niña.

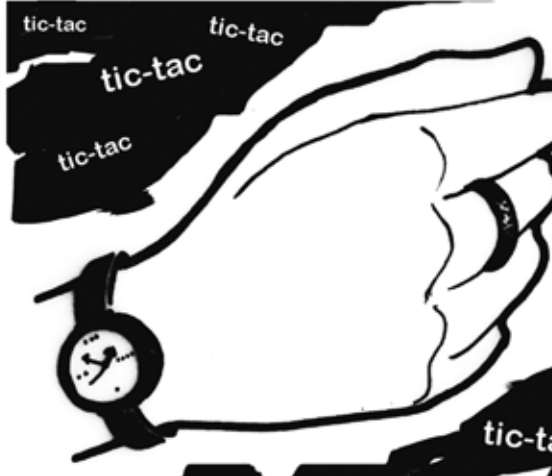
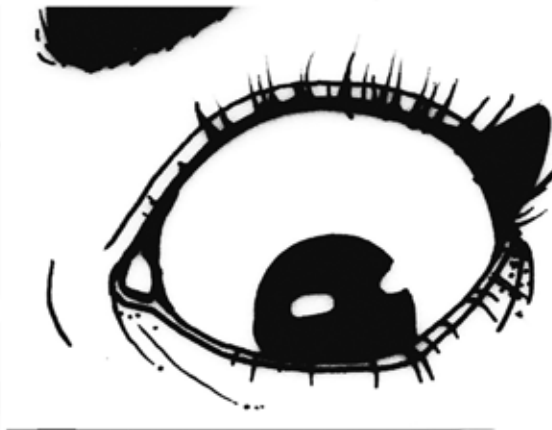
Durante la cena, su papá le explicó el recorrido de la ruta mostrándosela en Google Maps, le dio dinero para pagar el pasaje —e incluso le dio de más por si cambiaba de opinión y decidía irse en taxi— y le enfatizó que al llegar al colegio le escribiera un mensaje para saber que había llegado bien.

Su mamá le advirtió de los miles de peligros que puede encontrar en un bus y le contó historias macabras con la intención de disuadirla. Después,

al verla tan convencida, cambió de tono y fue enumerándole algunos consejos para evitar situaciones peligrosas, como no sacar su celular en público, no quedarse dormida en el bus, siempre estar atenta de su mochila y estar atenta a los movimientos de todas las personas.

11

Angélica escuchó sin hacer preguntas ni caras raras para demostrar seguridad, aunque la ansiedad de tomar el bus por primera vez creció enormemente. En un momento, cuando su mamá contó películas de terror, quiso echarse para atrás en su propósito, pero sabía que si no se lanzaba a vivir esta aventura las posibilidades iban a ser menores y sus papás iban a verla frágil si se arrepentía. Por eso se fue a ver televisión después, para olvidar las historias de su mamá, y así perdió la noción del tiempo.



||

Se despertó abruptamente a la mañana siguiente cuando escuchó el teléfono. Corrió a contestarlo. Era su mamá llamando para preguntar si ya estaba lista para salir. Angélica le dijo que no se preocupara, que todo estaba bajo control. Su mamá se quedó tranquila con esa respuesta. Mientras, ella se iba quitando la pijama para bañarse y trataba de alcanzar el tiempo.

Su desvelo no le permitió recordar el beso que su papá le dio en la frente antes de irse de la casa, las veces que su mamá cariñosamente la llamó para que se despertara, o las preguntas de su hermana menor

sobre si la dejaba utilizar tal o cual cosa. Aunque no recordaba nada, su papá se fue feliz porque Angélica le deseó feliz viaje, su mamá se quedó convencida de que Angélica se había quedado despierta alistándose y su hermanita sonreía mientras llevaba en su mano un lapicero verde-morado que Angélica —supuestamente— le había prestado.

Su baño fue muy corto, no porque estuviera retrasada, sino porque no había agua caliente y ella detesta el agua fría. Era inútil refunfuñar porque no había nadie en casa con quien pelear, aunque de sobra sabía que la causante de su desdicha era su hermana, pues, para variar, había armado un festín con los juguetes en la bañera y no le había dejado agua caliente. Después de alistarse, bajó a desayunar y a repasar para su examen.

A Angélica le gusta escribir el resumen del examen en un papel bonito para tener las ideas principales a mano. A veces repite el diseño del resumen

hasta tres o cuatro veces. Hoy quiere repetir una vez más su esquema, pero no encuentra su lapicero verde-morado y supone que su hermanita se lo llevó sin permiso.

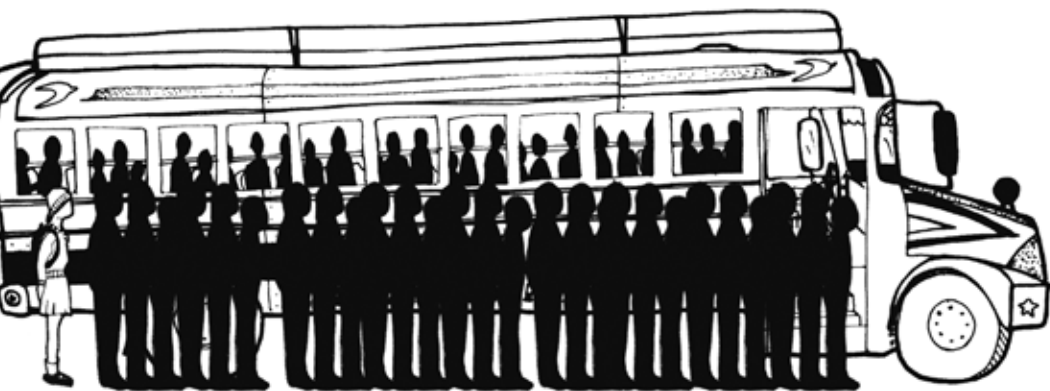
En el comedor se prepara unas tostadas y, mientras imita a su papá —que lee el periódico mientras toma café—, saca el resumen. Es justo entonces cuando, en vez de servir el café en la taza, termina echándoselo en el uniforme. Rápidamente toma un trapo con agua y jabón e intenta limpiar todo el desastre que causó. De hecho, está enojada consigo misma porque no es su costumbre tomar café, pero le pareció *chic* hacerlo como lo hacen sus padres: quería verse más madura —aunque lo cierto es que todavía adora la leche con chocolate.

Por suerte, la parada del bus está cerca de su casa, aunque a ella el camino allá le parece una eternidad. Su aventura comienza desde el instante en que sale de su casa y tiene que sortear algunos

charcos del camino, eludir a un par de perros que le ladran y contarle a su vecina, que encuentra por azar, lo que está haciendo.

16 Ya son más de las ocho de la mañana y Angélica imagina que no habrá nadie en la parada, puesto que muchas personas ya han comenzado su jornada laboral. Sin embargo, hay una fila de gente. Angélica se coloca detrás de la última persona, alista el dinero, tal como le indicó su papá y se cuelga la mochila adelante, tal como le indicó su mamá.

Detrás de Angélica se para una señora que le pregunta si esa ruta la deja en la plaza oeste. Angélica recuerda el mapa de su papá y le responde con seguridad que sí. Luego, la misma señora le pregunta cuánto hay que pagar de pasaje. Angélica le dice el precio como toda una experta. La señora se disculpa y se justifica diciendo que es la primera vez que toma el bus. Angélica no quiere confesar que también es una novata.



Cuando el bus llega a la parada, la gente se apresura a subir como si este fuera a dejarlos. Y, la verdad, parece que lo hará, pues el conductor acelera el motor.

Es un hombre de unos 50 años que conoce la ruta al derecho y al revés, y que está convencido de que podría manejar con los ojos cerrados y una mano atada a su espalda. Cuenta con un ayudante que va pregonando los lugares principales del recorrido, cobra el pasaje y se encarga de organizar a las personas indicándoles dónde sentarse o hacia dónde correrse con tal de llenar el bus con más pasajeros de los que realmente caben.

Angélica ya había visto muchas veces estos buses de lejos, ataviados de gente y canastos, pero otra cosa muy diferente es estar adentro.

20 Aquel bus es amplio: tiene unos ocho metros de largo. En cada costado del pasillo hay una fila de bancas, y en la parte posterior tiene una pequeña compuerta que comunica con una escalera externa que a su vez conduce a la parrilla, la cual se utiliza para el transporte de equipaje.

El bus es muy colorido y decorado. Se nota que el conductor se esmera por darle sus servicios y mantenerlo arreglado de la mejor manera para que los pasajeros se sientan a gusto.

Por eso, desde que Angélica se sube al bus, no puede parar de observar un sinnúmero de detalles que hacen de aquel vehículo algo único.

En la parte de la cabina del conductor, las ventanas están adornadas con flecos de color granate. La silla del conductor, tapizada con cuero, tiene

cojines y flecos del mismo color. El volante imita al de un carro de carreras, forrado con cuero rojo y negro. Una bola de billar verde y blanca corona la palanca de cambios. Hay estampitas de ángeles y de la Virgen del Carmen al lado del tacómetro y muchos espejos que permiten al conductor ver a los pasajeros. Angélica observa una colección de llaveros colgados alegremente y no pasa por alto que el conductor tiene encendida la radio con una música a su antojo, que todos los pasajeros deben escuchar, les guste o no. Mientras maneja, el piloto va tomando café y comiendo un pan. Esa definitivamente es su oficina. Él es quien manda en el bus.

Del techo cuelgan unos letreros graciosos. Angélica suelta una carcajada al leerlos y se pregunta si son solo para adornar o para enviar mensajes subliminales a los pasajeros. Los que más recuerda son «viajar aquí es mejor que andar a pie»; «si el niño es hijo del conductor, no paga»; «sonría, que no le cuesta nada»; y